



disolverse en polvo "la arena que levantan los cascos de la montura de Jonathan Harker. La película entera, como ya he apuntado, es una concatenación de imágenes (visuales, sonoras) que contienen el peso de la historia contada. Su exquisita belleza hecha de luz, de fotografía, la paleta de colores suaves, casi pastel (con excepción del cielo "ndigo en que vuela el murci"lago; una sand"l y la cresta de un gallo en la mesa del castillo; las mangas de un vestido, los labios rojos del vampiro); hecha de rostros hermosos como el de Isabelle Adjani, "rgicos como el de Bruno Ganz o casi hermosos en su pat"tica monstruosidad, como el de Klaus Kinski; hecha de silencios, lentitud (una ext"tica escena hecha de puras nubes!), movimientos lentos como los del sue"o, y de la m"sica lenta tambi"n, casi como el silencio, de Popol Vuh, hace que la recordemos no nada m"s como una historia, no nada m"s como el homenaje al Nosferatu de Murnau y, por lo tanto, el recuento de la historia de Dr"cula con ciertas variaciones, debido a las querellas de Murnau respecto a los derechos con la viuda de Bram Stoker, sino como imagen. Aqu" utilizo el t"rmino en el sentido de imagen po"tica, y de s"mbolo. Cada uno de esos encuadres de sublime belleza contiene todo el significado, toda la carga emotiva, todo el peso de lo que formalmente la historia nos cuenta.

Á Á Á Á Á Tampoco s" cu"ntas veces he visto el Nosferatu de Herzog. La primera vez escrib" un ensayo sobre el filme para mi clase de cine; no recuerdo con exactitud lo que dec" a, pero s" que hablaba de su belleza suprema, y de la cabalgata de Harker en su nueva, numinosa libertad rumbo al mundo que se le entregaba en toda su amplitud, y estoy segura de que, palabras m"s, palabras menos, la esencia de mi descripci"n de esa escena era la misma que ahora. En cuanto al vuelo del murci"lago (que ah" se revela hermoso), la imagen como anhelo me alcanz" hace muchos a"os, mirando la ventana durante una larga estancia en el hospital, y se transform" en una imagen nueva en uno de los poemas que escrib" durante esa obligada suspensi"n de la vida: "«Yo s" que en el azul no encontrar" ese vuelo lento de alas de vampiro"», dice un verso del poema, titulado "«La Noche"»; luego, unos a"os despu"s, Santa Sabina tom" la imagen de Herzog para proyectarla en sus conciertos cuando interpretaban la canci"n, con letra m"a, en que creamos a nuestro propio no-muerto.

Á Á Á Á Á Cuento esto para ejemplificar c"mo estas im"genes, de una novela y una pel"cula entre millares, encontraron terreno f"til en mi imaginaci"n, en donde siguen vivas. Forman, de hecho, parte de mi vida, y est"n cargadas de significados que no puedo ni quiero concretar.

Á Á Á Á Á Al escribir estas palabras pienso tambi"n en Georg Trakl, un poeta prol"fico pese a su breve vida, que cre" una obra compuesta enteramente por im"genes: escenas no narrativas que se repiten en infinitas variaciones, vueltas s"mbolo, que no explican nada y sin embargo penetran la subjetividad del lector de manera indeleble; im"genes a veces terribles, a veces de epifan"a, todas de profunda belleza.

Á Á Á Á Á En los ejemplos que he mencionado hasta aqu", un elemento clave es el tiempo. El tiempo de su creaci"n, que est" impl"cito en la imagen; el tiempo que "sta requiere de su medio (tinta sobre papel, objetos y luz captados por la c"mara) para desplegarse; el tiempo que necesita del receptor para convertirse en contenido de su conciencia.

Á Á Á Á Á Lo mismo sucede con las im"genes no literarias ni cinematogr"ficas, sino simplemente im"genes aleatorias de la vida, de una ma"ana de invierno, que describo en el tercer punto al inicio de estas reflexiones. Entre la esencia de dichas im"genes y las de El golem o de Nosferatu, no encuentro diferencia. Y es que esas im"genes son, tambi"n, creadas. Son realidad (o lo fueron, en los momentos fugitivos en que vi esa luz y esas sombras), pero mi percepci"n prendi" esa realidad al lienzo de lo imaginario, la uni" a emociones, a un sentido de exaltaci"n, de revelaci"n, de asombro, y entonces esa realidad se convirti" en alimento (alimento del alma), igual que las otras. Para que eso suceda, el tiempo es tambi"n esencial. No nada m"s el tiempo objetivo en que el hecho sucede (el vuelo del p"jaro, el avance del autob"s o del tren, los pasajeros proyectando su sombra sobre las v"as), sino tambi"n el tiempo de la mirada, y de la voluntad de mirar.

Á Á Á Á Á Ese tiempo no existe, o es otro, para quienes, estando exactamente en el mismo lugar, surfean en sus tel"fonos celulares. Sin dejar de ver im"genes que se suceden vertiginosamente, ah" sin embargo no hay imagen. No en el sentido po"tico. No, ciertamente, en ninguna forma que hubiera podido habitar, por ejemplo, un poema de Trakl. El vertiginoso, ansioso, neur"tico, patol"gico consumo de im"genes en que vivimos buena parte del d"a a los habitantes del siglo xxi no tiene un lugar en el tiempo porque es en esencia tiempo devorado y vomitado y vuelto a devorar y a vomitar, ad infinitum, y ah" nada sucede. Un hoyo negro, una anulaci"n de la mirada. Podemos estar viendo Nosferatu en la pantalla, para distraernos del trayecto en el metro, interrumpi"ndonos para revisar emails o textos o mensajes de WhatsApp, y no estamos viendo nada, ni hay imagen ni belleza ni poes"a. Tampoco hay imagen en las obras m"s excelsas del arte cuando en un instante son neutralizadas por el tel"fono que las fotograf"a en un museo o una galer"a, convirti"ndolas en una barrera impenetrable entre la obra original y el espectador que ya pas" de largo, tambi"n sin ver nada, y est" ya fotografiando el cuadro siguiente, para verlo qui"n sabe cu"ndo, con qui"n, para qu", junto con las fotos de su desayuno o su caf" latte.

Á Á Á Á Á La imagen, que es est"mulo externo, no existe sin interioridad. Es por eso que, en esta vor"igine de realidades inconexas reproducidas en incontables pantallas, hay tan pocas im"genes. Por eso, con los ojos fijos en nuestros rect"ngulos brillantes, estamos cada vez m"s ciegos. Pero basta con detenernos a mirar ese haz de luna que cae al pie de la cama como una piedra lisa, ese revolver de arena que dejan los cascos de un caballo a galope hacia el horizonte, la sombra negra como tinta que deja el vuelo de un p"jaro contra el muro, para recobrar la imagen. Ah" el prodigio.